

que sólo á duras penas y con gran trabajo podría averiguarse de quién son y á quién pertenecen los miembros y los objetos extrañamente revueltos y confusamente enmarañados.

Al principio, en aquel montón de cuerpos hay algo de agitación y movimiento; cada cual removiéndose como Dios le da entender, procura acomodarse lo mejor que puede, resultando de ello algo de disputa.— ¡Hazte allá, hijo de perra! — ¡Aparta la pata! — Encoge un poco la pierna si puedes, ¿no ves que me estás restregando con ella los hocicos? — Pero es cuestión de un momento, y después todos se callan, y de todos se apodera un sueño intenso y profundo. Al principio se percibe una respiración frecuente y fatigosa: sucede á ella un suspirar feble é intermitente, sigue después un gemir sordo y enronquecido, y por último, un roncar general en todos los tonos, bajos, barítonos, sopranos, consonantes, disonantes, estridentes, sonoros, un desconcierto infernal.

Suena la corneta: *Atención.*

De aquel montón informe no hay uno solo que lo oiga: todos continúan quietos é inmóviles lo mismo que cuerpos desprovistos de vida. Nuevo toque: nada, lo mismo que antes. — ¡A ver si os hago incorporar yo, haraganes! — grita una voz con acento amenazador. Al oírlo, aquí se estira una pierna, allí se extiende un brazo, más lejos bambolea una cabeza, en otro extremo se encoge una cintura, algo semejante á un grupo de culebras que se desenroscan muellemente bajo el grato calor del sol.— ¿Acabaremos de una vez? ¿Nos levantamos ó no? — repite la voz más airada que antes. Uno se sienta, otro se restrega los ojos con el envés de la mano, otro palpa en derredor en busca del kepis, un cuarto se halla ya en pie, y un quinto y un sexto... Todos incorporados. Ya era hora. Pero, ¡qué lástima, Señor, qué tormento verse despertados tan bruscamente, y deberse levantar en el preciso instante en que se comenzaba á gustar el sueño! — ¿Dónde está mi kepis? — ¿Y mi fusil? — Dame el kepis, hombre.— Este

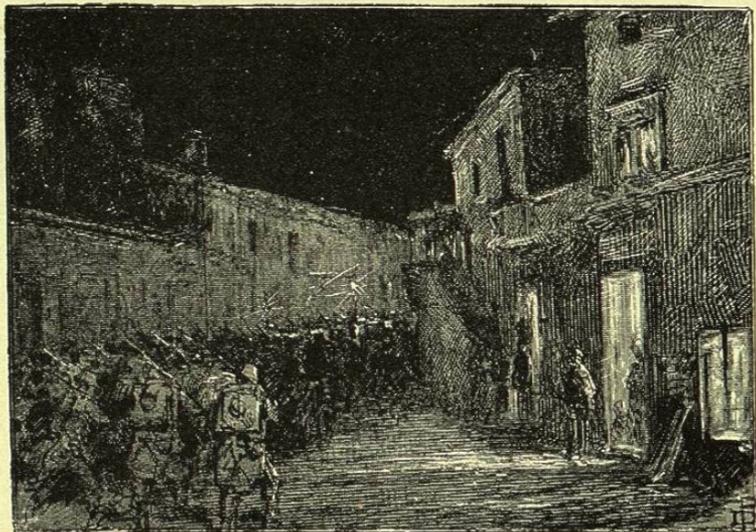
es el mío.— No tal; el tuyo es éste.— ¿De quién es este fusil? — Mío: trae. — Vé ahora á dar con la cogotera en medio de esta oscuridad.— Y la busca, y tienta y hurga por todas partes entre las piedras y en el fondo de la cuneta, y por entre las hierbas y los arbustos, ansioso, jadeante, maldiciendo y blasfemando... Suena de nuevo la corneta, y el regimiento emprende otra vez la marcha.

Y continúa la oscuridad, y sopla el mismo airecillo frío y penetrante que azota el rostro y hiela el cuerpo. ¡Qué frío se siente estando parado y de pie! Se tiembla lo mismo que un pollito mojado. Las linternas se han apagado, la oscuridad es profunda por todo extremo. Nadie es capaz de darse cuenta de la confusión en que caminan esos pícaros. Fortuna para ellos que no se ve gota.

Al cabo de media hora de andar silenciosamente, alguno comienza á distinguir, lejos, muy lejos aún, una lucecilla vacilante y temblorosa que sufre intermitencias, y tan pronto aparece como se extingue.— ¿Qué será? — Sigamos andando, más, más aún, un poco más todavía. La luz no se eclipsa ya; parece más grande y brilla con más fulgor.— ¿La ves? — Es el farolillo que marcha á la cabeza del regimiento. — No hay tal; es una población.— Pero, ¿qué población quieres que sea? — Adelante, ya lo sabremos.— Y marchamos, y marchamos... — ¿Qué tal? — Es verdad, es una población.— La voz se propaga, los soñolientos se animan, los durmientes se desvelan, surge un rumorcillo agradable.— ¡Bendito sea Dios! ahí están las casas: ahí el camino que lleva al interior: ya estamos dentro.

La noche va muy adelantada, las calles están desiertas, en medio del silencio y de la soledad se oye distintamente el acompasado marchar del regimiento, y el rumorcillo por el mismo producido se difunde á derecha é izquierda á lo largo de las torcidas y oscuras callejuelas. Casuchas á un lado, casuchas á otro y todo cerrado, atrancado todo como

si se tratara de una población abandonada. Pero al paso que se avanza, á derecha é izquierda de la calle, se abre alguna puertecilla en el piso bajo, y á través de ella se ve brillar en el fondo la alegre llama del hogar, y asomarse y adelantar tímidamente la cabeza á una que otra mujer á medio vestir, y salir hasta fuera del umbral á tal cual chicuelo, en tanto que en el piso superior se abre algún postigo, y al través de la vidriera se percibe una figura negra que mira á la calle para enterarse de lo que sea el rumor que tan á



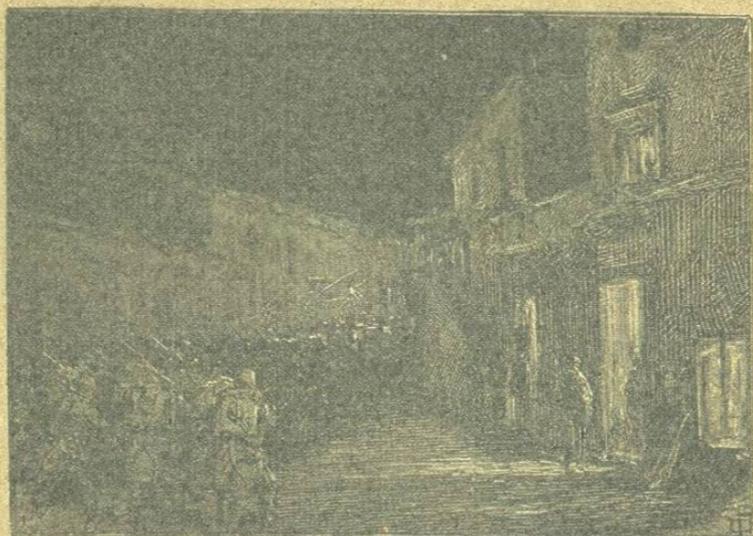
deshora se oye en ella... ¡Ah, aquella figura negra habrá acabado de dejar la cama en la cual tranquila y sosegadamente dormía, y dentro de breves instantes volverá á saborear en ella un sueño grato y reparador! ¡Oh, aquella cama! Parece que uno la está viendo: parece tener ante los ojos el embozo de aquellas sábanas, doblado y estirado sobre el blando cabezal, y pasar la mano por encima, y sentir la grata frescura del oloroso lienzo recién salido de la colada. ¡Oh, afortunado mortal el que en tal cama puede dormir! ¿Cuándo volveré yo á disfrutar las delicias de mi amada camita? ¡Felices y venturosos cuantos disponen de un lecho en que dormir!



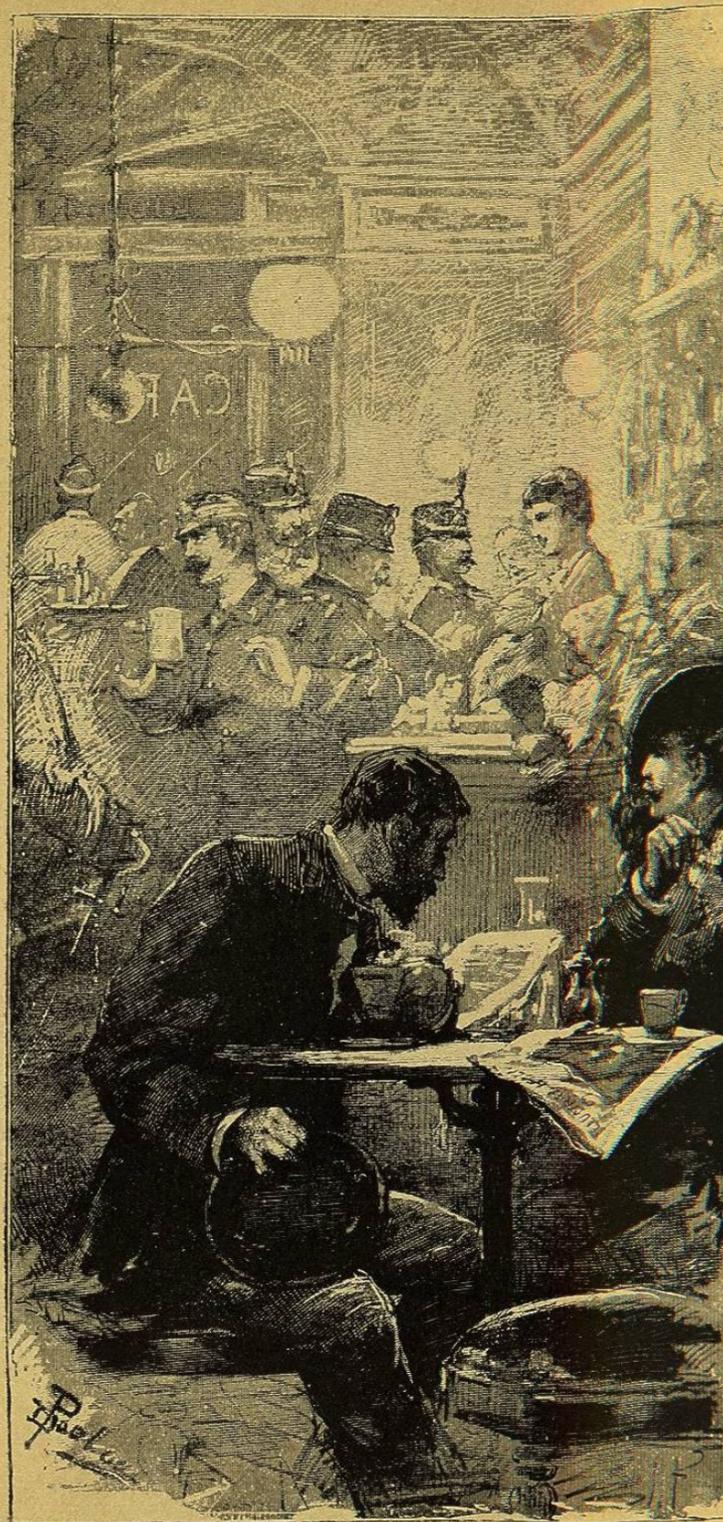
La vida militar.

Un café

si se tratara de una población abandonada. Pero al paso que se avanza, á derecha ó izquierda de la calle, se abre alguna puertecilla en el piso bajo, y á través de ella se ve brillar en el fondo la alegre llama del hogar, y asomarse y adelantar tímidamente la cabeza á una que otra mujer á medio vestir, y salir hasta fuera del umbral á tal cual chicuelo, en tanto que en el piso superior se abre algún postigo, y al través de la vidriera se percibe una figura negra que mira á la calle para enterarse de lo que sea el rumor que tan á



deshora se oye en ella... ¡Ah, aquella figura negra habrá acabado de dejar la cama en la cual tranquila y sosegadamente dormía, y dentro de breves instantes volverá á saborear en ella un sueño grato y reparador! ¡Oh, aquella cama! Parece que uno la está viendo: parece tener ante los ojos el embozo de aquellas sábanas, doblado y estirado sobre el blando cabezal, y pasar la mano por encima, y sentir la grata frescura del oloroso lienzo recién salido de la colada. ¡Oh, afortunado mortal el que en tal cama puede dormir! ¿Cuándo volveré yo á disfrutar las delicias de mi amada camita? ¡Felices y venturosos cuantos disponen de un lecho en que dormir!



La vida militar.

Un café

La calle, estrecha y tortuosa al principio, va ensanchándose paulatinamente y se prolonga, se prolonga hasta desembocar en una plaza. ¡Hermosa plaza! Dos filas á la derecha: dos á la izquierda: todos miran en derredor. Acá y acullá grupos de curiosos, alguna tienda abierta, allí una iglesia, enfrente la casa del ayuntamiento, una fuente, unos pórticos, y en un ángulo... ¡oh espectáculo desgarrador!... un café.

¡Un café! ¿Sabéis lo que esto significa? ¿Habéis experimentado la extraña emoción que semejante acontecimiento produce? Atravesad de noche, después de una marcha larga y penosa, una población: pasad rendidos de cansancio, de sed y de fatiga, cubiertos de polvo y de lodo, privados de mucho tiempo de todas las ventajas, hábitos y comodidades de la vida de ciudad, pasad, digo, en tales condiciones delante de un café, y experimentaréis una tristeza, una opresión de alma, casi una amarga compasión de vosotros mismos, y dirigiréis al café una mirada ávida, codiciosa, impregnada de amor colérico, como hacen los pequeñuelos, y durante mucho tiempo conservaréis en la mente una imagen casi fantástica del lugar, de los objetos y de las personas.

Era aquel un café grande, lujoso, cubierto de espejos en cuyas lunas se reflejaban las abundantes luces que espléndidamente lo iluminaban; lleno de oficiales de Estado Mayor y de ayudantes de campo, cubiertos de oro, de plata, de cordones y de penachos, la mayor parte dentro, algunos junto á la puerta, otros fuera en medio de la plaza, y todos gesticulaban alegremente, y metían ruido con los sables, hablando en alta voz. Todos los objetos se veían á través de una densa nube de humo, oíanse clara y distintamente los estampidos de los taponés al saltar de las botellas de cerveza, y se distinguía perfectamente á los mozos corriendo desalados de un lado á otro, para servir diligentes á aquella concurrencia insólita, numerosa y espléndida. Y podía verse también el movimiento continuo de los que entraban y salían